

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

Una historia dentro de otra historia*

Entrevisté a una familia en una sola ocasión a causa de que el hijo de once años les había robado \$ 100 a los padres. Ya antes había habido en la casa robos de sumas más pequeñas. Damián argumentó que su decisión no había sido irrazonable, ya que ese día "los bancos estaban cerrados". Los padres no supieron qué responder, pues efectivamente el hurto se había producido durante un fin de semana. La señora B les comentó el asunto a varias de sus amistades y éstas coincidieron en felicitar al niño por su ocurrencia. A pesar de tales opiniones, la madre de Damián creía que debía castigarlo de algún modo. El señor B consideró que debía pasar más tiempo con su hijo y que sería conveniente abandonar un cargo de asesor voluntario de tiempo parcial que estaba desempeñando.

Inmediatamente, todos nosotros advertimos que esta familia estaba profundamente confundida: La señora B admitió que sufría con frecuencia violentos ataques de cólera; el señor B le pedía que fuera más considerada con los sentimientos de los niños y que no los trastornara tanto. Ambos parecían atribulados por lo que habían producido sus intentos de brindar a Damián y a su hermano Sebastián de trece años, un estilo de vida alternativo. Vivían en una pequeña granjita que parecía el Arca de Noé, donde criaban toda clase de animales pensando que de ese modo compensaban a sus hijos de no tener las insustanciales cualidades de la vida urbana. Los muchachitos, empecinadamente, no hacían otra cosa que mirar televisión y pretendían que sus padres completaran las tareas escolares por ellos. La principal preocupación de la familia eran los dos perros de los niños, Barky y Prince. Aunque cada chico se había hecho responsable de su propio perro, ambos se habían vuelto sumamente salvajes hasta el punto de aterrorizar y, a veces, matar las ovejas de los vecinos. Por entonces la señora B había decidido mantenerlos encerrados durante el día, pues temía que los

granjeros vecinos los mataran. Los niños se negaban a sacar a pasear a sus perros y y si la madre insistía, "siempre le hacían trampas".

Aunque dediqué dos horas y media a tratar de que la familia B me mencionara algunas "reglas familiares", me vi completamente frustrado en mis esfuerzos. Cada vez que la señora B les pedía algo a los hijos, el padre insistía en que no les exigiera tanto. Esto llegaba hasta el punto de que la señora B aun debía vestir a sus hijos. La señora B siempre terminaba accediendo a las sugerencias del señor B, quien luego, reconsideraba su posición y finalmente le pedía a su mujer que redujera aún más sus exigencias. Cuando las demandas de la madre llegaban a cero, el señor B le ofrecía alguna ayuda para que ella "no tuviera que hacer todo sola". Todo intento de fijar alguna "regla familiar" se resolvía así. A medida que hablábamos de todo esto, la señora B pareció cada vez más enojada y fatigada; el señor B, cada vez más perplejo. Durante toda la entrevista los padres alentaban a Damián y a Sebastián a que dijeran lo que quisieran, a expresar sus ideas y sentimientos acerca de lo que se estaba hablando. Para impulsarlos a hablar incluían comentarios tales como que yo "era una persona encantadora", que "quería ayudarlos" y que ellos no debían "censurarme". Sebastián mostraba su aburrimiento andando por la habitación, saliendo de ella, sentándose de espaldas a los padres y haciendo agujeros en la alfombra con un palito. Damián parecía tan indiferente como un *maître d'*, salvo cuando demostraba su desaprobación por el procedimiento, colocándose un cojín sobre la cara. Todo intento que hacía la señora B por ordenar la situación chocaba con las insinuaciones del señor B de que fuera razonable.

Hablé con una colega* sobre el sentimiento de frustración que me había producido la entrevista con los B, y ella me sugirió que el fracaso se debía a mis propios intentos de ser demasiado razonable y que había que apelar a una respuesta más contundente.

De modo que escribí la siguiente carta:

Queridos Rob y Diana:

Les pido disculpas por haber tardado tanto en escribir esta carta. Lo que vi que ocurría en la familia de ustedes me impresionó tanto que necesité más tiempo del acostumbrado para ordenar mis pensamientos. Diana, pocas veces vi una madre tan vencida como usted. Tiene el aspecto de sufrir una enorme fatiga a causa de la batalla que libra. Sospecho que usted se ha pasado dándoles todo a Damián y a Sebastián y que lo único que se le ocurre hacer es darles aun más. Creo que esto la pone de mal humor. Sus hijos se han acostumbrado a recibir y nada está más alejado de sus pensamientos que la idea de retribuirles algo a usted o a Bob. Hasta han llega-

do al extremo de ocuparse ustedes personalmente de Barky y Prince. Todo esto me entristeció mucho. Creo que ustedes han asumido la responsabilidad de todo y que cuando la gente los ve tan abrumados, lo único que se le ocurre como respuesta es exigirles más. Damián y Sebastián han llegado a utilizarlos a ustedes como sus memorias y sus responsabilidades, y les aseguro que seguirán haciéndolo hasta que ustedes se rebelen. Calculo que estos niños han asumido responsabilidades que corresponden a un nivel de 6 o 7 años y creo que estoy siendo demasiado generoso. Damián hasta espera que ustedes le realicen las tareas escolares, porque como dijo "ustedes ya saben las respuestas". Lo que dice es cierto pero, ¿cuándo aprenderá él? No me extrañaría que en un futuro próximo ya no quiera asistir a la escuela y pretenda que vayan ustedes en su lugar. Bob, usted está confundido con estos dos muchachitos a quienes prefiere amparar (y hasta proteger de las demandas de la madre) y que ahora se han vuelto sordos a cualquier exigencia parental. Usted parece casi aterrorizado por sus hijos, como si éstos lo hubieran abrumado ya demasiado. Permítame recordarles la idea de Salvador Minuchin: para que los hijos superen a los padres, alguien tiene que subirlos a los hombros de éstos. ¿Cuándo van a bajarlos de allí y a recuperar la confianza como padres?

Reconozco que traté de que elaboráramos algunas Reglas de la Familia B. ¡Fue un gran error! Las reglas son de ustedes, no mías. Para que tales reglas puedan aplicarse con éxito, es necesario que ustedes mismos, como un equipo de padres, las elaboren. He advertido que a ambos les cuesta mucho ponerse de acuerdo para desempeñar el rol de padres. Bob, usted parece ponerse siempre del lado de los niños y en contra de su esposa. Me pregunto si esta situación no atenta contra una buena parentalidad; sospecho que ustedes se han concentrado demasiado en sus hijos y en estar brindándose permanentemente a ellos, con lo cual han terminado por descuidar la relación de pareja. Estoy casi seguro de que han perdido la costumbre de adaptarse al otro y de respetar las diferencias que existen entre ambos. Por lo demás, no creo que Damián esté preparado para seguir un tratamiento contra su tendencia a robar. Puedo predecir que no obtendremos ningún resultado positivo. Damián le robó a usted porque no pudo esperar que abriera el banco. Y no se mostró arrepentido por ello. Después de todo, quizás él piensa que todo lo que poseen ustedes debe serle dado. Considero que esta es una idea loca y peligrosa. Pero ustedes me comentaron que algunos de sus amigos consideraron que Damián era muy sagaz con su hurto. No dudo de su sagacidad, pero quisiera que consideren esto: él traicionó su confianza y les robó \$100 sin sentir remordimientos. Y probó el sabor del delito. Consideren qué son \$ 100 en relación con los ingresos semanales de Damián y calculen cuánto dinero correspondería en relación con los propios ingresos semanales de la familia.

Creo que equivaldría a unos \$ 10.000. Antes de que podamos poner en práctica un programa antirrobo ustedes deben convencer a Damián de que robarle a los padres es algo que no está bien.

Les remito una "historia" que espero sea publicada en el **Australian Journal of Family Therapy**. Creo que merece que ustedes la analicen, como padres, antes de tomar algunas decisiones sobre las "reglas" que deben regir en su familia o que deben dominar la honestidad familiar. Antes de hacerlo, consideren el caso de Barky y Prince que deben permanecer encerrados para evitar que aterroricen y hasta maten las ovejas de los vecinos.

Sin embargo, sólo volveré a reunirme con ustedes con una condición. En mi vida profesional he tratado a varios miles de familias y sólo en poquísimas ocasiones vi hijos que muestren tan poco respeto por padres tan generosos. Ni Damián ni Sebastián parecen tener el menor interés en darles a ustedes alguna satisfacción. Cuando ustedes les piden que hagan algo que podría causarles placer, los niños con tanta frecuencia responden de manera desalentadora que no me sorprende, Diana, que usted se sienta como se siente. Experimento verdadero aprecio por ustedes y no tolero que alguien los trate así, después de haber sido ustedes tan generosos. Si volvemos a encontrarnos, espero poder ayudarlos a recuperar la autoestima de padres.

Probablemente no les guste lo que tengo que decirles, pero siento que debo ser honesto. Espero que acepten mis comentarios y comprendan que están impulsados por las mejores intenciones.

Sinceramente, D. E.

Junto con la carta les envié el siguiente relato:

Me siento sobre ti para grabarte mi autoridad

Timothy, de 10 años, era el menor de tres hermanos. Siempre había sido un niño que representó un problema para su madre y para los maestros de la escuela. A causa de las quejas de estos últimos, el niño había sido expulsado de la escuela estatal y admitido en otra más permisiva. Aun en esta nueva escuela, Timothy había encontrado el modo de agotar la aparentemente infinita paciencia del personal docente. Por ejemplo, había extorsionado para quitarles dinero a compañeros de escuela físicamente incapacitados. Su maestra había abandonado la escuela diciendo que Timothy era el responsable de que ella tuviera los nervios destruidos. En esa misma época la madre de Timothy se separó del marido a quien caracterizó como "un bebé". La mujer estaba cada día más irritable a causa de lo que yo llamé la "sordera a todo lo que proviniera de la madre" de Timothy y a causa de los seis berrinches diarios que tenía el niño si la madre insistía en ser oída. Yo escuché las lastimeras quejas de la madre, mientras Timothy miraba a través de la ventana preguntándose

cuánto duraría aquello. Sospeché que el niño ya había oído todo aquello antes.

Me arrodillé en el suelo y llamé la atención de Timothy: "Ven aquí un momento y dame una mano". El chico hizo lo que le pedía. "Acuéstate un momento para que yo pueda mostrarle a tu madre cómo ayudarte." Timothy me miró perplejo pero hizo lo que yo le pedía. Se echó boca abajo en el suelo y yo me senté a horcajadas sobre él justo sobre su trasero. Les mostré, tanto al niño como a la madre (que parecían muy interesados en el procedimiento) que todo mi peso descansaba en mis rodillas y que no le estaba provocando ninguna incomodidad a Timothy. El confirmó lo que yo decía. Entonces le aconsejé a la madre que todas las noches le leyera durante quince minutos con voz muy *seria* lo que yo le iba a decidir al niño:

"Timothy, eres mi hijo y yo soy tu madre y además ahora cumplo también el rol de padre. Me siento sobre ti para grabarte mi autoridad. Es importante para ambos que lo sepamos; de lo contrario, con el tiempo, llegarías a ser un abusador de tu madre. También me siento sobre ti para darte la seguridad de que puedo hacerte sentir seguro y a salvo. Si tú eres más padre o más madre que yo, ¿a quién podrías dirigirte cuando tuvieras un problema? En este momento siento como si me hundieran y no puedo permitir que esto siga ocurriendo. Pero, ante todo, voy a probarte quién desempeña el rol parental en esta familia, si eres tú o si soy yo."

Volví a ver a Timothy y a su madre un mes después como habíamos acordado. Timothy había dejado de tener aquellos arranques de cólera y escuchaba mucho más a su madre. La mujer pareció muy complacida por el giro que habían tomado los acontecimientos. Como yo le había sugerido, se sentó sobre su hijo todas las noches, durante el tiempo fijado, todo el mes. Miré a ambos y les pregunté si creían que había necesidad de continuar con esa práctica. Timothy confundió a su madre al pedirle que continuara haciéndolo. Le dije que su posición era bastante comprensible, pero que en adelante, ella debía *negarse* a hacerlo si el niño se ponía nostálgico por el pasado y volvía a hacerse el "sordo".

La madre se animó entonces a contarme que desde hacía cierto tiempo advertía que Timothy le robaba whisky, cigarrillos y dinero. Timothy confesó que eso era cierto. Les dije pues que consideraba esos hurtos como una cuestión muy seria y que la madre debía disponerse a actuar inmediatamente a fin de que Timothy recuperara la honestidad. La mujer me respondió que estaba dispuesta a hacerlo. Le pregunté entonces a Timothy si existía alguna razón para que él no pudiera convertirse en un joven honesto. El chico no pudo darme una respuesta inmediata, de modo que le propuse algunas posibilidades: "¿Quizás has perdido alguna partecita de tu cerebro... o quizás hay algo en él que no marcha bien o tal vez está un poco atrofiado?" Entonces Timothy me respondió con gran convencimiento

que era capaz de ser honesto. Antes de continuar con otros temas, le dije que debía prometer que realmente sería honesto. Timothy prometió que en adelante lo sería y selló el pacto estrechando mi mano y la de la madre. Fue una ceremonia solemne y creo que el niño se sintió conmovido por lo emocionada que estaba su madre. Le pregunté a ésta quiénes estaban al tanto de los robos de Timothy. La mujer había hablado del asunto con sus padres, con el pastor, con el maestro de la escuela y con varios amigos de la familia. Le pedí pues que fuera a su casa, se sentara con su hijo y le hiciera escribir lo siguiente:

"Quiero que sepan que el 8/3/83 le prometí a mi madre ser honesto. Quizá mi madre les haya comentado que no estuve siendo honesto y que le robé. Sé que quizás ustedes se sienten decepcionados conmigo. Por eso le pedía a David que ayude a mi mamá para que ella ponga a prueba mi honestidad durante las próximas tres semanas. Luego les escribiré contándoles los resultados. Estoy seguro de que pasaré todos los tests y quisiera que el 9 de abril vengan a mi casa; daremos una fiesta de Honestidad para celebrar mi crecimiento".

Timothy recibió respuesta a su carta. El hermano mayor y la hermana le escribieron:

"Nos encantará asistir a tu fiesta de Honestidad. Es agradable comprobar que has crecido hasta el punto de determinar qué está bien y qué está mal, cuando hay mucha gente a la que le cuesta mucho establecerlo. Ambos creemos que si lo intentas seriamente, podrás pasar todos los tests de honestidad cómodamente, pero recuerda, todavía debes hacer un gran esfuerzo".

Un amigo de la familia le respondió:

"Te agradezco tu carta. Es realmente muy reconfortante oír que alguien como tú trata de dar un gran paso hacia adelante en la vida. Aparentemente algunas personas pueden hacerlo muy fácilmente —son personas que nunca parecen estar en problemas y a las que todo el mundo aprecia y que parecen felices consigo mismas—. Otras personas deben librar grandes batallas consigo mismas y sienten que nadie los quiere; pero cuando estas persona ganan la batalla se convierten en las mejores. De modo que me da gusto saber que eres una persona suficientemente sensible y eficientemente madura para luchar contra la deshonestidad. Espero ansioso noticias de tus logros y poder asistir a tu Fiesta de Honestidad".

Timothy me invitó a su Fiesta de Honestidad, pero desgraciadamente no pude concurrir. El chico había pasado con éxito los nueve tests. Las pruebas consistían en dejar disimuladamente sumas de dinero en lugares a los que él tuviera libre acceso. A la madre le pareció una buena idea continuar esporádicamente con estas pruebas durante los próximos me-

ses. Todos los que asistieron a la fiesta recibieron de manos del propio Timothy un trozo del pastel de la Honestidad. El pastel tenía escrito la siguiente frase: "Honesto como el día", sobre un gran sol amarillo. Cuando le pregunté a Timothy cómo creía que había aprendido a ser honesto tan rápidamente, el niño se encogió de hombros y me respondió: "Ahora soy honesto. Y es mucho mejor que ser deshonesto. Uno debe esperar a que el dinero llegue y no gastarlo todo inmediatamente. Y así uno puede ir y venir cuando quiere". La madre de Timothy me comentó que todo había comenzado a mejorar desde que su hijo escribiera las cartas. "Primero no quería escribirlas. Hizo tres borradores antes de que le saliera bien. Fue un verdadero esfuerzo. Pero una vez que lo hizo todo marchó mejor." Desde entonces, la madre "lo vio madurar... como si hubiese desarrollado una autodisciplina". Ella lo veía además "mucho más feliz" y más capaz de disfrutar de las relaciones con los hermanos que habían mejorado notablemente. Ya no tenía aquellos "berrinches" y hasta iba solo a los entrenamientos de fútbol y se lustraba sus propios zapatos.

Le pregunté entonces si aún se sentaba sobre su hijo para "grabarle su autoridad". Me respondió que ya no lo hacía. "A veces sencillamente nos sentamos uno junto al otro en el sofá y a veces él me pide que lo hagamos; yo me siento sobre él y nos quedamos así viendo televisión". Sin embargo, después de haber pasado dos semanas en casa de los abuelos, Timothy le pidió a su madre que siguieran el procedimiento formal.

El señor B me telefoneó poco después de haber recibido la carta. Me contó que se había sentido muy impresionado y que me probaría que yo estaba equivocado. Le aseguré que me encantaría que pudiera probarme que yo estaba errado.

Quince días después volvía a escribirle.

Queridos Rob y Diana:

Hasta ahora creo que ustedes están bien encaminados para llegar a rediseñar una nueva vida como familia. Pueden determinar el éxito de dos maneras: en primer lugar, por el grado con que Damián y Sebastián asuman sus responsabilidades y, en segundo lugar, por el grado de retribución que sean capaces de demostrar ante lo que reciben de ustedes. Diana, cuando la fatiga que le produce esta batalla permanente no sea más que un recuerdo, probablemente usted se sienta con nuevas energías y descubra nuevas posibilidades para su propia vida. Rob, cuando usted haga bajar a sus hijos de los hombros, se sorprenderá del peso que se quita de encima, un peso que estuvo cargando durante mucho tiempo sin advertirlo.

Apreciaría mucho que me escriban y me cuenten ese nuevo diseño. Me encantaría saber que han tenido éxito.

Sinceramente, D.E.

Dos meses después, la señora B y Damián me llamaron por teléfono para invitarme a la Fiesta de Honestidad. Como no pude asistir, les respondí con una carta:

La invitación a asistir a la Fiesta de Honestidad de Damián me tomó por sorpresa. Me encanta saber que ha tenido éxito y que ha sido capaz de demostrarles a sus padres que puede ser honesto. Parecería que Damián eligió la honestidad en lugar de la deshonestidad. Sé que ustedes se inclinarán por darle todo el crédito de esto a Damián, pero deben recordar que ustedes le despejaron el camino y, evidentemente, le dieron argumentos para preferir la honestidad.

Tengo un editor que ha mostrado gran interés por publicar nuestro trabajo con personas con problemas de cleptomanía y que nos ha pedido que le entreguemos un manuscrito. Por ello, apreciaría mucho que traten de registrar por escrito los cambios que ustedes dos lograron provocar en Damián y Sebastián. Más adelante, podríamos trabajar todos juntos en la redacción final. El libro estará dirigido tanto a los padres como a los profesionales. También me interesa mucho saber cómo les fue con la Fiesta de Honestidad, quiénes asistieron, etc. Como pueden imaginar, el relato de ustedes ha de tener gran valor y ha de constituir una ayuda inestimable para otros padres en el futuro. Les agradecería mucho que me envíen una copia del relato lo antes que puedan.

Desde ya, muchísimas gracias.

Sinceramente, D.E.

También le escribí a Damián.

Querido Damián:

¡Felicitaciones por tu Fiesta de Honestidad! Quisiera haber estado presente y verte ocupar tu lugar en la familia como una persona honesta. Ahora, tu mamá y tu papá pueden volver a confiar en ti, y tú puedes continuar creciendo, contando siempre con la ayuda de ellos. Muchos niños que tienen el mal hábito de robar ven atascado su crecimiento. Ahora tú puedes seguir madurando sin cargar nada sobre tus espaldas. Apostaría a que ya has madurado en muchos aspectos diferentes. Tus padres aceptaron escribirme y contarme cómo lo lograste. Me interesará mucho conocer los detalles.

Ahora tú eres un muchachito honesto, con dos padres honestos que pertenece a una familia honesta.

Sinceramente,

Tu amigo, D.E.

Damián me respondió:

A David Epston:

Los tests consistieron en dejarme "a mano" dinero y chocolates. También hubo tests de juguetes: mis padres revisaban mi mochila o mi dormitorio para descubrir si no aparecían juguetes nuevos.

Cuando pasé diez tests de dinero y chocolates y cinco tests de juguetes, me sentí mucho más feliz. El primer test fue fantástico... bueno lo fue cuando pude pasarlo bien. Recuerdo un test de barras de chocolate. Papá me pidió que fuera al automóvil y le trajera unos papeles... y allí había cuatro barras de chocolate. Yo llevé los papeles. Papá fue hasta el automóvil y encontró las cuatro barras de chocolate. Ese fue un test. Además cuando pasé un test de juguetes, me regalaron dos soldaditos.

Me sentí muy bien después de pasar cada test. Me resultó bastante difícil controlarme al principio, pero después todo empezó a ser mucho más fácil. Continué aprobando todos los tests, hasta el último. Si fallaba en un test me quedaría sin comer esa noche. Pero es fácil aprobar. Cuando comencé con esto pensé que no sería capaz de aprobar una sola de las pruebas. Pero estaba equivocado; las pasé todas. Ahora que rendí bien todas las pruebas voy a tener mi Fiesta de Honestidad.

P.S.: Justo después de hablar con usted por teléfono pasé mi último test.

P.S.: Hoy me quedaré sin comer porque no hice las tareas de la escuela en el tiempo correcto.

Damián. 11 años.

El relato de la familia tenía 16 páginas. Después de recibir mi primera carta, Rob y Diana "demoramos el programa contra el hábito de robar y pospusimos la idea de reforzar el programa diario hasta asimilar los contenidos de la carta y que las cosas se ajustaran mejor entre nosotros... Sus últimas dos cartas fueron mucho más positivas y pude darme cuenta de que usted necesitaba enviarnos primero semejante carta... y que nosotros necesitábamos recibirla". Damián preparaba ya la comida de los perros, "gran logro, aunque sigue siendo muy áspero con ellos". Pero muy pronto mostró un cambio de actitud hacia Barky, "todo el cariño y la atención que yo esperaba que les dedicaran cuando compramos los perros". Los padres habían intervenido varias veces a fin de evitar las "trampas" de Damián. Los padres hablaron con el maestro de la escuela y acordaron que éste les enviara un informe diario; en tres semanas Damián pasó de "no trabajó nada" a "buen trabajo". Además, el chico había reparado el robo acarreando leña y ramas para la chimenea. "La relación con Diana es muy buena, por lo menos cuando yo estoy en casa... Damián ha aprendido a hablar y a comportarse como un chico de casi 12 años. Aunque no siempre. Diana se siente más relajada y trata mejor a Damián pues ya no se ofende si él trata

de evitarla o si él no hace nada en la casa. Rob está aprendiendo a castigar a los niños cuando es necesario sin ponerse antes terriblemente furioso ni trastornado. Rob y Diana coinciden más en cuanto a cómo tratar a los niños. Se han impuesto programas familiares antes o después del horario escolar y durante los fines de semana. "Ahora sentimos que todo marcha mejor y que continuará mejorando... Los niños aún tratan, a veces con éxito, de utilizar a Diana para que recuerde cosas por ellos o los ayude en algunas tareas. Ella se ha sentado sobre ellos algunas veces, según el ejemplo de Timothy, aunque con menos frecuencia en el caso de Sebastián. Eso no pareció muy importante para él, de todos modos creo que a veces es necesario hacerlo. A Damián le encanta; tanto que pienso que es algo que debería ganarse... A partir de hoy, Damián tiene que hacer sus tareas y ganarse nuestro respeto antes que yo me sienta sobre él, si lo desea. Como es algo que le encanta, seguramente no querrá hacer sus tareas sin obtener su premio. Creo que a Sebastián también le gusta, aunque simula que es algo que 'ni le va ni le viene'". Finalmente los padres de Damián y Sebastián nos pedían que les diéramos más consejos y prescripciones detalladas.

Les respondí:

Estimados Rob y Diana:

Les agradezco muchísimo que hayan registrado por escrito los logros obtenidos con sus hijos; yo también me siento muy complacido por estos resultados. Me sorprendió enterarme de la Fiesta de Honestidad de Damián, pues había olvidado cuánto tiempo transcurrió desde nuestra entrevista. A juzgar por la excelente carta de Damián, todo resultó un gran éxito. Por favor, felicítenlo de mi parte. Tengo la certeza de que ustedes tienen ahora un hijo honesto.

Realmente no creo que una pareja como la de ustedes necesite que se le prescriban programas de acción, pues éstos sólo limitarían la creatividad que ya han demostrado tener. Creo que yo simplemente estuve allí cuando me necesitaron; ustedes aprovecharon algunas de mis ideas para ajustar el ritmo familiar y luego sencillamente se apoyaron en ellas para elaborar su propio esquema. Ustedes ya no me deben nada y me parece muy bien que sea así. Tengo absoluta confianza en que ustedes son capaces de resolver los problemas de parentalidad que inevitablemente han de aparecer. El único consejo que puedo darles es que celebren el éxito obtenido.

Si creen que puedo serles útil o que puedo prestarles alguna asistencia adicional, llámenme en 1984. No me sorprendería que no me necesiten. Feliz Navidad y mis mejores augurios para Año Nuevo.

Sinceramente, D.E.